

la Pasion de nuestro Redentor dulcísimo no parece sino que ha sido una simple locura: ¡tan poco ha cambiado la faz del mundo! ¡tan imperceptible es el nuevo aspecto que ha tomado! ¡tan escasa es la trasformacion que ha obrado en las costumbres! Los resultados del Evangelio en el mundo parece que vienen á reducirse: primeramente, á un episodio de un romance extraordinario en la historia de la humanidad; y en segundo lugar, á un número considerable de palabras nuevas, traducidas á las diferentes lenguas que se hablan en la tierra, para expresar con ellas los fenómenos y la índole de la Encarnacion; ¿y todavía se atreverá alguno á sostener, examinando atentamente el mundo, que han sido otros los resultados del Evangelio? En la actualidad somos nosotros quienes aparecemos en la escena, y ¡qué espectáculo tan desgarrador no estamos ofreciendo con nuestras ingratitudes y horribles abominaciones! ¿Con qué respeto tratamos los Sacramentos instituidos para nuestra santificacion? ¿cuántos de entre nosotros sirven á nuestro Señor crucificado con generosidad y puro amor? Verdaderamente es un prodigio estupendo el que ame Dios á los hombres; y ¡qué amor no debe profesarles, viendo que no se hizo Ángel por

amor á los Ángeles, sino hombre por amor á los hombres! La explicacion de semejante fenómeno no la busquemos más que en los Libros Santos: es uno de los misterios del carácter de Dios, segun lo afirma de sí misma la eterna Sabiduría:—«Desde la eternidad fui ordenada, y desde antiguo, ántes de que la tierra fuese hecha. Aun no existian los abismos, y ya era yo concebida; ni todavía habian brotado las fuentes de las aguas: los montes en su pesada masa aun no se habian sentado, y ántes que los collados era yo dada á luz; aun no habia hecho Él la tierra, ni los rios, ni los polos del mundo: cuando preparaba los cielos, con Él estaba yo presente; cuando con ley cierta y compás cercaba los abismos; cuando afirmaba la region etérea y equilibraba las fuentes de las aguas; cuando pesaba y tenia colgados los cimientos de la tierra,—con Él me hallaba yo concertando y obrándolo todo; y era deleitada cada dia, jugando en su presencia á todas horas y recreándome en el mundo, y mis delicias eran estar con los hijos de los hombres.» (1).

Pero todavía es más grande maravilla, el que

---

(1) Prov.—cap. VIII.

permita Dios á los hombres que le amen. Efectivamente, ¿dónde se encuentran palabras para encarecer el privilegio singularísimo de amar al Dios incomprensiblemente hermoso, infinitamente bueno é inmensamente santo? Cualquiera hubiera creído que un amor semejante de parte nuestra no era más que una insolente profanacion, y que el permitirnos estar delante de Dios con el amor instintivo del animal que pace y del ave que bebe, hubiera ya sido para nosotros una honra incomparable; y si por permission de la inagotable misericordia de Dios se nos hubiera otorgado la facultad de amarle, seguramente se habria creído que tenia que ser con la sangre, el dolor, el sufrimiento, la vergüenza, la penitencia, los sacrificios costosos de terribles austeridades y con una espantosa abnegacion de sí mismo. ¡Ah dulcísimo Dios y Señor mio, y así es efectivamente; solo que la sangre, y el dolor, y la confusion, y la penitencia, y los costosos sacrificios, no son nuestros sino tuyos! ¡Tú lloras, para que nosotros sonriamos! ¡Tú padeces, para que nosotros sañemos! ¡Tú eres expuesto á la vergüenza, para que nosotros gocemos y nos alegremos! ¡Tú eres atormentado con terribles aficciones de temor, turbacion, congoja, agonía y sudor de sangre,

para que no nos angustien demasiado nuestras culpas pasadas, y vivamos tranquilos en la tierra, gozando de la amistad de Dios y atesorando en nuestro corazon una dulce confianza acerca de la eternidad que nos espera! Pero aun va Dios más léjos todavía, pues no solo quiere que le amemos con el afecto más encendido de la voluntad, sino que ha ordenado todas las cosas para ganar nuestro amor: cambia nuestros simples deseos en un culto agradable á sus divinos ojos; permítenos que le amemos, que le glorifiquemos y ganemos gloria para nosotros mismos por medio de una invencion que llegaria á excitar la sonrisa de un incrédulo: no parece sino un cuento agradable, una estratagemata de un padre tierno, un juego divertido, propio de niños. Y si así se conduce con nosotros aquí en la tierra, ¿qué será Él y qué no obrará en la patria del cielo? Isaías y San Pablo han declarado que es inútil toda tentativa en averiguacion de semejantes arcanos: seria preciso que tuviésemos otros ojos para verlo, otros oidos para oirlo y otro entendimiento para comprenderlo. ¿Y llegarán todas estas riquezas á ser un dia nuestras? La Sangre de nuestro Jesús dulcísimo es la prenda que inspira en nuestro ánimo una confianza inquebrantable de que

nos serán otorgadas. Ahora bien; ¿qué hemos nosotros hecho hasta aquí para conseguir un galardón semejante, que ha de hacer nuestra felicidad eterna? ¿qué proporcion existe entre ese premio y nuestros merecimientos? ¡Ninguna, ninguna, ninguna! Todo nos viene de Jesús: Jesús es el secreto de todas las cosas; Jesús la interpretación de todos los arcanos de Dios. ¡Oh qué religion es esta! ¡oh qué Dios tan inefable! Anúnciese, pues, á todo habitante de la tierra, que no sucede cómo él se imaginaba que debía ser: todos podemos amar á Dios cuanto nos plazca, y valiéndonos de tantos medios como podamos concebir. ¡Ojalá que los Ángeles estuviesen proclamando semejante verdad á cada hora del día y de la noche, con el sonido de la trompeta, á todos los moradores que pueblan las cuatro partes del mundo! Si al oírlo, abandonasen los hombres sus intereses terrenos y se convirtiesen, como los pescadores de Galilea, en contempladores del cielo, es lo único que podríamos prometernos. ¡Oh permission infinita de amar á Dios! ¡Oh permission infinita de amar á Dios! hé aquí el privilegio incomparable de la criatura, adquirido á costa de la Sangre de nuestro Señor Jesucristo. ¡Oh qué religion, repito, es esta! ¡qué Dios tan inefable!

¿Acaban aquí por ventura las maravillas? No! que existe otra más estupenda! Gran maravilla es, en efecto, que Dios haya tenido la dignacion de amar á los hombres: una maravilla todavía mayor, el que permitiera le amasen; pero aun puede el hombre exceder á Dios en los portentos, pues en mano suya está el ejecutar uno que sobrepuje á todos en grandeza, el cual consiste en no amar á Dios siempre que así le plazca: semejante fenómeno, aunque á cada paso le estamos viendo, parece sin embargo una cosa increíble; y si no estuviésemos á él ya habituados, infundiria en nuestro ánimo un horror tan cruel y espantoso, como el que nos causa un parricidio alevoso y salvaje: nos quitaría el aliento, no sabríamos que hacer con él, y la consideracion acerca de su espantosa deformidad, la cual iria aumentando en nosotros gradualmente, inspiraria en nuestra alma un asombro y sobrecogimiento indecibles. ¡Y el olvido de Dios, con todo eso, está á la orden del día, y apenas paramos la atencion en semejante fenómeno! ¡Oh si pudiésemos verle en todas sus formas horribles, segun quisiera la fe que le viésemos, seguramente que anhelariamos entónces tener lágrimas de sangre para borrar nuestra infamia!

¿Pero qué puede decirse para mover á los hombres á amar á Dios, que tenga la mitad de la eficacia que resplandece en aquello que Él actualmente está haciendo por ellos? La misericordia de Dios es tan elocuente, su bondad tan tierna y su indulgencia tan persuasiva, que si Él ya no ha acabado por triunfar logrando su intento, pareceme que ninguna necesidad tienen los hombres de esforzarse en proclamar su amor divino: acaso sea esto mismo lo que San Pablo quiso darnos á entender, cuando hablaba de la necesidad de la predicacion: Jesucristo crucificado era el sermón y el predicador, ¿y qué otra cosa más necesitaba? Dios también, en su amor, nos permite á nosotros que solo prediquemos lo mismo: á todas horas estamos encontrándonos con el amor, á cada paso tropezamos y nos chocamos con él: consiéntenos el Señor que pongamos en nuestros labios las palabras de su alianza, y declaremos el escaso amor que le profesamos, enseñando á los demás su entrañable amor hácia nuestras personas. Hános Dios mostrado además el grande amor que nos tiene, permitiendo que la conversion del mundo dependa de la necesidad de la predicacion. ¡Pero, así yo como vosotros, amamos á nuestro Dios y Señor! y hé aquí en esto otro prodigio; por-

que ¿cómo nosotros llegamos á hacerlo así, cuando son tantos los que nos rodean que no le pagan el tributo del amor? Es solo un beneficio de sus liberales manos, una pura gracia que se digna otorgarnos. Aquí también nos encontramos con Jesús: nuestro divino Salvador nos ha enseñado la manera cómo debíamos amar; y viendo que éramos unos discípulos torpes, tomó de su Sagrado Corazón cierta cantidad de su propio amor, é introdújolo en nuestros corazones, para que con él amásemos á Dios; de suerte que, toda nuestra participacion en el asunto, no se reduce á otra cosa más que á habernos descuidado en despabilar la lámpara, dando así lugar á que la llama arda con ménos claridad que ántes: no parece sino que ha elegido de propósito aquellos que fuesen los ménos capaces de amarle; y preciso es, ciertamente, que, así yo como vosotros, abriguemos semejante sentimiento, pues que podríamos señalar con el dedo á centenares de sugetos que no aman á Dios, y son, sin embargo, mil veces más nobles y generosos de corazón que nosotros.

¡Oh cuán miserables somos! ¿Por qué, pues, no sacaría Dios de la nada otras almas, que le hubieran amado más fervorosamente y sido ménos abominables que la nuestra? Dios nos amó

á nosotros, á nuestras almas, á nuestras personas; nos escogió con una eleccion eterna, y nos dió una preferencia eterna, y nos amó con un amor eterno; y ¿por qué así? No hay ninguna contestacion á semejante pregunta: únicamente, que nos amó y por eso nos eligió. ¿Qué tenemos, pues, que hacer con este mundo que no quiere amar á Dios? Tal es la pregunta: bien podemos tener la cabeza y el corazon llenos de proyectos raros y heróicos con que procurar la mayor honra y gloria de Dios; mas esto produce cierta exaltacion en nuestros ánimos, devanándonos los sesos. ¿Qué podemos nosotros hacer? ¿cuál es lo que más se acerca á lo infinito, que podamos intentar llevar á cabo? ¿cómo podremos estar en todo el mundo á la vez? Hé aquí la respuesta, no adecuada, lo confieso, á la necesidad; sin embargo, es una respuesta: por el amor y el espíritu de reparacion.

¡Haced algo, hermanos míos, por el amor de Jesús! ¿Es posible que veais mendigando de corazon en corazon al Amor divino sin ser tocados de un afecto de compasion hácia su pobreza? No hay ningun mendigo tan despreciado sobre la tierra, como Aquel que crió la tierra de la nada y actualmente la está conservando. ¡Mo-

ved á un corazon á que le dé una limosna en honor del Padre! ¡haced un acto de reparacion en honor del Hijo, por el atrevimiento de aquel otro en negársela! ¡acrecentad en vosotros mismos el amor en honor del Espíritu Santo! ¿No estamos viendo todos los días, que es rara la persona que no lleve á cabo el negocio que emprende? ¿qué son pocos los sugetos que no logren su empeño, cuando se han comprometido con todas sus fuerzas á salir con él á la orilla? Yo quedo grandemente maravillado al contemplar lo que sucederia si unos cuantos de nosotros hiciésemos lo mismo, si dijésemos resueltamente:—«Yo estoy determinado á trabajar con ahinco para que Dios sea más amado en el mundo: no quiero que pueda decirseme que he venido al mundo para nada: ya que he sido criado, yo haré que alguno de mis hermanos ame más á Dios que hasta el presente: por poco que sea, aumentaré el amor divino en el mundo.» Si por ventura no hemos tomado todavía semejante determinacion, tomémosla ahora, yo tengo en ello una gran confianza. ¿Cuándo, pues, damos principio? ¡Hoy mismo! ¿no es así? ¡Bien, muy bien!! Una obra determinada tenemos delante de nuestra vista, que nos hemos comprometido á ejecutar, obra que llevaremos á cabo.

¡Oh Majestad amorosa de Dios! Por el Corazon de Jesús os prometemos hacer algo grande y glorioso delante de vuestros ojos soberanos.

SECCION IX.

*María, Jesús, Dios.*

Seria tiempo perdido el demostrar aquí, cómo la práctica de Alabanza y Deseo nos serviria de poderoso auxiliar, así en el acrecentamiento de nuestro amor de Dios, como en la reparacion hecha á su divina Majestad por la falta de semejante amor en nuestros hermanos. Pero despues de haber ya llenado todo nuestro cometido, parécennos tan ruines estos nuestros servicios, que no sin razon volvemos á acudir á nuestra doctrina y ejercicio de la oblacion, con el fin de suplir nuestra pobreza. ¿Y á dónde volvemos naturalmente nuestros ojos? A María, á la Madre inmaculada de Dios, á Aquella que no solo fué concebida sin mancha de pecado, sino que ni siquiera estuvo incluida en el decreto relativo á la culpa. Jamas hubiéramos conocido á Dios tan bien como le conocemos, si no fuese por María: María refleja sobre nosotros la magnificencia de Dios, y su dignidad, segun enseña

Santo Tomas, es la más excelsa que pueda concebirse, frizando en los límites de la omnipotencia: María es un trofeo del amor divino, sobre el que han colgado las Tres Divinas Personas todos los dones y prerogativas que una simple criatura es capaz de recibir: María está adornada de piés á cabeza con la inefable hermosura de Dios, y se ha comunicado á Ella el Eterno, de una manera que no nos atrevemos á expresar con palabras: María es apellidada por la Iglesia con nombres que llegan á espantarnos; no parece sino que ha pedido prestados los títulos del Altísimo y reclamado una mancomunidad de derecho de propiedad sobre los divinos atributos: María es para nosotros, cuando hablamos de Ella—y somos invitados á hacerlo así,—objeto de expresiones que solamente parecen convenir á la Sabiduría increada y eterna del Padre: María posee, por donacion de su Hijo, los tesoros que son la herencia del Verbo encarnado: María vale más que toda la creacion, pues es la criatura más digna, y más bella, y más poderosa, y más amada de Dios; y así que, delante de los ojos del Eterno, es el *himno que á Él le conviene en Sion*: María es toda alabanza y accion de gracias: María es el reposo de la misericordiosa complacencia